

Guía Lingüística (230).

Cronología (231-233).

Tabla Bíblica (234-235).

Los principales protagonistas de la investigación en Qumrān (236-238).

Bibliografía (239-240).

Como se desprende del índice propuesto, los autores han pretendido, en último término, llamar la atención del mundo cristiano, por la especial importancia que estos manuscritos poseen para comprender de una manera más exacta el mundo judío que circundaba el tiempo de Jesús de Nazaret. Por eso, y a este respecto, el libro plantea algunos interrogantes inquietantes: ¿Por qué los Esenios son el único grupo entre los muchos grupos judíos existentes en aquella época que no son mencionados en los textos evangélicos? ¿Estuvo Juan El Bautista en contacto con ellos? ¿Conocía Jesús sus enseñanzas? Éstas y otras cuestiones son respondidas con acierto y de una forma comprensible para todos en este interesante volumen que aporta, sin duda, una nueva luz para el pensamiento oriental y occidental, consiguiendo, al mismo tiempo, que los descubrimientos de Qumrān sigan poseyendo una renovada y continua actualidad.

ANTONIO J. MIALDEA BAENA
Universidad de Córdoba

MENOCAL, M.R., *La joya del mundo. Musulmanes, judíos y cristianos, y la cultura de la tolerancia en al-Andalus* (Barcelona: Plaza y Janés, 2003), 300 pp.

Tal vez sin darse cuenta, pero con esa lucidez que siempre le caracteriza, Harold Bloom retrata esta obra en el prólogo al decir que su contenido “puede representar hasta cierto punto una idealización, si bien sana y útil”. En otras palabras, lo que nos cuenta R. Menocal puede que no siempre sea muy convincente, –al propio Bloom, por ejemplo, no le resulta creíble que fuera el fanatismo de los bereberes la causa del *pogrom* anti-judío en la Granada de 1066, tal y como imagina la autora– pero en todo caso el conjunto es tan bienintencionado que se le puede dar por válido: el de Rosa Menocal es un libro “sabio y apasionante”, concluye apresuradamente el prologuista.

Y es que cuando la Historia de al-Andalus se convierte en las “historias de al-Andalus” (la expresión es de la autora: p. 263), lo

mejor es que tengan una “moraleja” (expresión también utilizada: p. 262); una “moraleja” que nos enseñe los valores de la “tolerancia” y los riesgos de que aflore el fantasma “intolerante” y “fanático” que todos llevamos dentro y que fue lo que llevó a la destrucción de la Córdoba omeya, “la joya del mundo”, ese imprevisto lugar de convivencia y mestizaje surgido al amparo de los emires y califas.

Esto es en esencia lo que nos cuenta este libro, trufado de “historias” mil veces reproducidas y contadas: la nostalgia de ‘Abd al-Raḥmān I con respecto a su Siria natal, el esplendor de Madīnat al-Zahrā’, la excelsa figura de Ḥasday, la sutileza del tratado sobre el amor de Ibn Ḥazm, la gran labor de la Escuela de Traductores, el fanatismo anti-judío en la Castilla Bajomedieval, y cómo no, la consabida evocación de la Alhambra y de la destrucción del antiguo orden en la España imperial de la Inquisición. Más que divulgar, la obra *requetedivulga* episodios que han sido ya comentados hasta la saciedad en obras de eruditos y publicistas tanto españoles como extranjeros.

Sin duda, el destinatario de su contenido no es el especialista, sino ese público que ignora las “profundidades desconocidas de la tolerancia y la simbiosis cultural de nuestro legado” (p. 26). Para ese público la autora ha ensartado un conjunto de relatos que tienen como rasgo común poseer una “utilidad” y salubridad”, un carácter “edificante” para los retos del multiculturalismo que hoy en día afrontamos. Si en el camino caemos en alguna mixtificación, ello no importa demasiado porque lo que cuenta es la intención. Por ello la autora termina su exposición incluyendo un paralelo de la actualidad reciente: la destrucción de la biblioteca de Sarajevo en 1992 por una salvaje demencia nacionalista, coincidiendo de forma casi exacta con los quinientos años de la toma de Granada y de la expulsión de los judíos. El círculo, cree la autora, se cierra de forma perfecta y nos ofrece el contrapunto de la barbarie destructora del presente que ahoga las sabias lecciones que deberíamos ser capaces de extraer del pasado.

Naturalmente, no es cuestión de discutir aquí las inexactitudes, sesgos o interpretaciones erróneas de las que la obra de Menocal está plagada. No ha sido su intención construir un libro erudito y tendría muy poco sentido situar su discusión en ese terreno. Me parece más interesante saber si su idealización romántica sobre al-Andalus es tan útil y sana como se pretende; si es legítimo construir un “mito” a sabiendas de que es poco creíble, pero sustentado en la bondad de las intenciones que lo guían. Y la respuesta, me temo, es no. Este libro no

es ni útil, ni saludable, por muy excelsos que sean los motivos de su autora y muy compartibles que sean las ideas que la guían. De hecho, y mientras leía sus previsibles páginas, yo mismo me iba imaginando un libro distinto, escrito en otro registro con otros relatos, otras “historias” de un sabor muy diferente a los que incluye Menocal, pero igualmente basadas en las fuentes disponibles. Podríamos así desenterrar esos relatos de las aceifas omeyas contra los enemigos cristianos que terminan con el muecín llamando a la oración desde un alminar improvisado con las cabezas de los infieles muertos, podríamos sacar a colación el brutal tráfico de esclavos con factorías de eunucos incluidas y con una abundante presencia de mercaderes judíos, podríamos detallar la extremada violencia desplegada por los Omeyas contra cualquiera que se atreviera a desafiar su autoridad, podríamos sacar a colación las invectivas de Ibn ‘azm contra los infieles judíos o cristianos o podríamos desmentir ese disparate que incluye la autora cuando habla de la “tolerancia religiosa” que habrían desplegado los antecesores de Alfonso VI, sacando a colación los textos cronísticos más antiguos de la *Reconquista*.

He dicho que “se podría” escribir ese otro libro. La expresión no es exacta. En realidad, “se está escribiendo”. De un tiempo a esta parte, los fantasmas del pensamiento más reaccionario han vuelto a resurgir ante los miedos que provoca el creciente multiculturalismo y la globalización de la violencia de signo islamista, y han rebuscado en los cofres del pasado en busca de argumentos históricos que legitimen una postura de dureza frente a estos nuevos retos. Ni que decir tiene que los han encontrado a mansalva. Los textos o episodios que forjan identidades de exclusión a lo largo de la Edad Media son tan numerosos y frecuentes que constituyen una auténtica mina para cualquiera que quiera encontrar en ellos argumentos históricos que justifiquen la intransigencia y lo inevitable de la confrontación. Jugar a ver la realidad actual reflejada en el espejo de la Historia (o, como diría Menocal, “las historias”) puede ofrecer resultados muy dispares dependiendo de cuáles sean las páginas que quieran leerse: las pares ofrecen confortables relatos de esplendores y tolerancias, las impares de violencia y exclusión. Si además la visión romántica de al-Andalus airea necedades como decir que la cultura andalusí fue el fruto del mestizaje –cuando es evidente para cualquiera con un mínimo de conocimiento que, dejando a un lado aspectos anecdóticos y muy puntuales, es de un férreo monolitismo árabe e islámico- el campo está

abonado para que en él proclamen su victoria los portaestandartes del supuesto “realismo histórico”.

Vista con cierta perspectiva esta querrela entre románticos andalusistas e implacables destructores de mitos recuerda a la que hace ya casi medio siglo enfrentó a A. Castro y C. Sánchez Albornoz. Una diferencia es que el tema ya no gira, al menos de forma específica, en torno al “ser de España”, sino más bien sobre el papel del Islam en la historia y la cultura occidental, con posiciones que quieren ver en las antiguas sociedades musulmanas un precedente a las ideas contemporáneas de “tolerancia” y “convivencia pacífica de culturas”, y argumentos que subrayan no sólo su nula contribución en tales desarrollos, sino también el hecho de que el “ser occidental” se configuró en parte gracias a la lucha contra el musulmán.

Otra diferencia es que mientras que los eruditos de antaño hicieron contribuciones originales y a veces hasta interesantes, estos *américocastros* y *sánchezalbornoces* de hogaño no parecen ser capaces de aportar ni un solo dato original, ni una brizna de conocimiento novedoso en sus más que predecibles contribuciones. Atrincherados en sus presupuestos ideológicos y amparados en su condición de divulgadores que intentan llegar a un público lo más amplio posible, repiten las mismas ideas y los mismos tópicos que llevan circulando décadas, cuando no siglos, sin tomarse la molestia de incluir siquiera un mínimo destello de los importantes avances historiográficos de los últimos años.

Es algo desolador comprobar que tantos esfuerzos y tanto trabajo hayan servido para tan poco. Es como si al-Andalus hubiera quedado atrapado dentro de un círculo vicioso de sublimación y denigración del que sólo salimos los especialistas embarcados en abstrusos problemas que no interesan a casi nadie. Uno de los nuevos redentores de nuestro olvidado pasado proclamaba recientemente que la gente tenía que saber de una vez por todas “lo que de bueno y malo tuvo al-Andalus”. Para Menocal, “lo bueno” es casi todo; para nuestro redentor “lo malo” es mucho más de lo que se suele pensar. Así estamos.

Queda el consuelo, sin embargo, de pensar que a estos rancios enaltecedores y denigradores de al-Andalus en realidad les importa bien poco el conocimiento histórico: lo que cuenta para ellos es la *agenda*, el programa que su movilización del pasado intenta encarnar. Ni que decir tiene que la *agenda* de Rosa Menocal es infinitamente preferible a la de los detractores de todo cuanto tenga que ver con el

Islam en la península Ibérica. Pero el problema estriba en que esa *agenda* es papel mojado. Menocal debería entender que el mundo que existe fuera de esa universidad de Yale en la que trabaja está formado por ciudadanos adultos, que no necesitan “historias” y menos aun “moralejas” explícitas, cual si de niños se tratase. Si hay algo que precisan es conocimiento del pasado: un conocimiento que es precisamente lo que les ha hecho convertirse en lo que son y lo que les otorga la posibilidad de llegar a ser algo mejor; un conocimiento, en fin, en el que la Historia no se explica con tópicos, sino con ese abanico de claroscuros que han conformado la experiencia humana de todas las épocas y todos los lugares. Todas las barbaries que han existido y existen actualmente –la sionista, la islamista, la nacionalista, etc... – invocan el espejo de un pasado supuesto para convencernos de que lo que vemos reflejado en él somos nosotros y que todo lo que se haga para adquirir la razón histórica estará, por tanto, justificado. Las consecuencias de tan nefasta perspectiva las vemos día a día reflejadas en esas otras “historias” que nos cuentan los periódicos. Es hora de que quienes defendemos los ideales del progreso humano, y entre los cuales no me cabe ninguna duda que se encuentra Menocal, acabemos de una vez por todas con tan peligroso juego.

EDUARDO MANZANO
CSIC – Madrid

NADAL CAÑELLAS, Juan, *Las Iglesias Apostólicas de Oriente. Historia y características* (Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 2000), 210 pp.; 13 mapas.

El persistente desinterés y desconocimiento que Occidente ha tenido por el cristianismo oriental y que aún sigue manifestando hoy día es un asunto realmente preocupante. Dicha cuestión se agrava en nuestro país como consecuencia de la escasez bibliográfica de carácter científica en esta materia. Esto cobra, además, un interés constante, renovado y totémico si todo aquello relacionado con ésta y otras materias afines sigue sin preocupar a las instancias (la universitaria principalmente) que deberían velar por esta cuestión, fundamental y necesaria, para entender bastantes cosas en Occidente: desde el arte a la filosofía, desde la historiografía a la literatura y desde el ideal de modernidad humanística hasta la religión, pasando por la política.